

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 19 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

ADVERTENCIA.

Con el reparto presente quedan en poder de nuestros abonados los 24 números correspondientes a los meses de Mayo, Junio y Julio.

Hemos, pues, cumplido lo que ofrecimos al terminar el año pasado, y el periódico saldrá desde hoy en las fechas que tiene marcadas.

Así mismo remitimos ya sus liquidaciones a los señores que están en deuda con ésta Administración, y le rogamos de nuevo que las hagan efectivas para evitarnos el que nos veamos precisados a suspender el envío del periódico, cosa que nos será dolorosa en extremo.

También esperamos de la bondad de todos nuestros suscritores que nos remitan el importe del trimestre vencido yá.

La Redaccion,

SUMARIO.

Aldovrando, por E. B.—A Maria, poesia, por X.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una violinista, por Faustina Saez de Melgar.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

CAPÍTULO I.

LA MADRE.

CONTINUACION.

Yo he puesto un singular religioso cuidado en ocultar á las miradas de todos mis padecimientos y vuestra dureza; yo he querido que en el pueblo me creyesen sino feliz, tranquila. Yo he dicho á todos que érais bueno para mí, y mi mismo padre no ha sabido nunca ni por mis lábios ni por mi rostro los tormentos y las violencias que haciais sufrir á una pobre mujer. Todavía haré lo que he hecho porque lo exige mi deber de esposa y de cristiana... Pero si me separáseis de mi hijo, de mi niño, de mi único bien, si fuéseis á arriesgar su frágil existencia á paises remotos... ¡Ah! desgraciado de vos, porque iria á buscar á mi padre, le contaria todo, le enseñaria esas astillas de muebles tirados por un hombre á una mujer, por un marido á aquella á quien ha jurado proteger delante de Dios! Pediria á mi padre un asilo para la madre y para el hijo. Si mi padre no bastara á protegerme contra vos, iria á echarme á los piés del conde Felipe, imploraria su justicia en nombre de su madre que fué mi amiga. Guardaos, Aldovrando, de separar la leona de su cachorro.

—Lo dicho dicho. Replicó el viejo impasible.

Margarita se precipitó hácia la puerta. Aldovrando le impidió el paso, y una lucha cruel iba á trabarse entre ellos, cuando se abrió la puerta de repente y dejó ver á un hombre de sesenta años de edad, y cuyo rico vestido de terciopelo parecia anunciar un personage de la mas alta distincion.

Á la vista del extranjero, Margarita y Aldovrando se detuvieron por un movimiento recíproco.

El semblante del viejo comerciante notablemente desfigurado por la rabia, se esforzó en tomar una espresion tranquila, quiso balbucear, aunque en vano, con sus lábios convulsivamente contraidos, algunas palabras de bienvenida al recién llegado.

Este último, fingiendo no haber visto nada de la estraña escena de que la casualidad le hacia testigo, saludó respetuosamente á Margarita y alargó la mano al mercader.

—Heme aquí de vuelta al fin: llevo de Colonia donde mis negocios me han detenido cerca de seis años. El año ha sido bueno y la recoleccion de escudos de oro no ha faltado, amigo mio: añadió dando con cierto aire de familiaridad una palmada en el vientre de Aldovrando. Aquí traigo algunas letras de cambio de maese Spranger que me cambiareis por 200, 000 florines, si ya no es que preferís guardarlas para hacerlas valer en vuestro comercio, como las diferentes sumas que os tengo entregadas.

—Vuestra confianza me honra demasiado y procuraré hacer valer vuestro dinero de una manera que justifique vuestra confianza, replicó el mercader á quien la palabra oro dulcificaba siempre bastante. Ea, Margarita, dá las órdenes necesarias para que dispongan inmediatamente la habitacion del señor Memlinck, á fin de que pueda descansar un rato.

—Tengo mas necesidad de cenar que de dormir, y si gustais esperaré aquí hablando con vuestra esposa la hora de la cena; suplicándola entretanto que acepte como testimonio del respetuoso afecto que le profeso, un rosario que le he traído de mi viage, el cual despues de haber sido bendecido en Roma por el Padre Santo, ha tocado en Colonia la urna de las bienaventuradas vírgenes y mártires.

Y sacó de su bolsillo un magnífico rosario cuyas cuentas de oro macizo brillaban estentando á la asombrada vista las cinceladuras mas maravillosas. Margarita alargó su mano al extranjero quien la llevó respetuosamente á sus lábios sintiéndola abrasadora y convulsiva. Su corazón se conmovió á la idea de los sufrimientos de la pobre mujer, aunque todavia ignoraba el motivo de sus pesares. ¡Desgraciada! ¡Cuan caro paga una fortuna que no disfruta!

—Mamá, mamá, no vienes á cenar? exclamó Antonio entrando atolondradamente en la sala y que gracias á la irreflexion de su edad habia olvidado ya las duras palabras que le habia dirigida su padre. Cuando lo vió se detuvo avergonzado y confundido; pero al descubrir á Memlinck corrió á arrojarle en sus brazos.

—Ah! padrino mio, habeis vuelto ya! me ale-

gro, porque tengo que enseñaros algunas cosas, si me dais palabra de no reiros de mí. He seguido vuestros consejos del año último; he hecho algunas pinturas del modo que me dijisteis.

—No fastidies á tu padrino con majaderías, interrumpió bruscamente Aldovrando. Ea, compadre, vamos al comedor.

Memlinchk presentó la mano á Margarita, Antonio pasó graciosamente sus dos brazos al redor del izquierdo de su padrino, y los cuatro tomaron asiento en la mesa.

No dejaba de ofrecer un espectáculo extraño la diversa expresion de cada uno de aquellos semblantes agitados por sensaciones diferentes. El viejo Aldovrando hacia penosos esfuerzos por parecer festivo y risueño; pero las palabras aunque alegres por su sentido, no lo eran en la expresion, sus carcajadas groseras carecian de franqueza y sonaban como falsas. Margarita procuraba hacer graciosamente los honores de su mesa para obsequiar al amigo por quien experimentaba tanto mas afecto, cuanto tierno y paternal se mostraba este con Antonio, y ponía todo su cuidado en hablar con una aparente serenidad de espíritu; pero cada vez que sus miradas se volvian hácia su hijo, la desesperacion oprimia su pecho y venia á ahogar su voz. Memlinchk se esforzaba por aparentar que no veía las lágrimas que llenaban los ojos de la pobre mujer; pero él mismo se sentía triste y disgustado: una especie de tortura parecia apretar todos sus miembros, y hasta el apetito que tenía al entrar en casa de su compadre habia desaparecido al sentarse á la mesa con unos convidados tan poco dispuestos. Solo Antonio comia con una hambre de diez y seis años, y nada adivinaba de los pesares de su padre y de su madre.

Largo tiempo duró aquella extraña cena, en la que los mas esquisitos vinos parecieron amargos á Memlinchk y no lograron volver la calma á su huésped: Margarita hizo señas á Antonio para que rezara la oracion de gracias.

Todos se levantaron y fuéronse á sentar debajo de la alta chimenea en la que ardía un buen tronco de encina.

Antonio á quien las caricias incesantes de su madre hacían mas tierno y mas niño que lo es uno comunmente á su edad, se apoyó cariñosamente contra el pecho de su Padrino y se puso á jugar con la cadena de oro que pendía de su cuello. Aldovrando sin escuchar la graciosa charla del niño, se entregaba á pensamientos amargos, mientras que Margarita, la pobre Margarita veía con terror la frente de su marido cada vez mas sombría y amenazadora. Memlinchk entretanto aparentando que no se ocupaba mas

que de su ahijado espiaba furtivamente á los dos esposos y no tardó en comprender por las tristes miradas que Margarita dirigía á su hijo, que el niño era causa de graves agitaciones domésticas.

CAPÍTULO II.

EL PADRINO.

Á medida que avanzaba el tiempo, crecían los temores de Margarita; apenas podía sostenerse en su asiento y sus manos agitaban maquinalmente las agujas de hacer medias, sin advertir que no formaban una sola malla. En este estado oyó las nueve de la noche, y Aldovrando dió la señal del rezo llamando con un pito de plata que llevaba en su cintura, á todos sus dependientes y criados, y á doce ó trece trabajadores que vivían en su casa.

Todos se arrodillaron sin meter ruido en el salon con la cara vuelta hácia una virgen colocada encima de la chimenea, reinando el silencio mas profundo y religioso. Entonces el amo de la casa, de pie en medio de la asamblea, principió con voz lenta y grave á rezar las oraciones de la noche; recitó primero la *oracion dominical*, en seguida el *credo* y el *confiteor* y concluyó con el *Ave Maria*. Margarita entónces en los transportes de su dolor y sin que de ello se apercibiera, mezcló su plegaria débil y sollozante con el desembarazo severo é inflexible del viejo que, pronunciaba con indiferencia las palabras de amor dirigidas á la divina protectora del pecador, aquella que reunió la pureza angelical de una virgen al sublime carácter de la maternidad.

Aldovrando no se atrevía á interrumpirla, y Memlinchk se sintió conmovido hasta el fondo del corazon cuando la oyó exclamar con lastimera expresion:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros!

Terminada la súplica, se levantó Antonio y fué á arrodillarse delante de su padre y le dijo:

—Papá, ¿me dá V. su bendicion?

Esta era la costumbre de todas las tardes, Cuando Aldovrando vió al niño arrodillado y con la cabeza respetuosamente inclinada, se enterneció un poco y una ligera emocion alteró su voz mientras ponía sus manos sobre la frente de Antonio.

—Duerme en paz, le dijo; yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

—Amen, exclamó Margarita, *amen* volvió á repetir.

Antonio se separó de su padre y fué á arrodillarse tambien delante de su madre para recibir su bendicion; pero esta estrechó convulsivamente contra su pecho al niño y lo cubrió de besos y de caricias. Aquel transporte volvió al viejo toda su cruel resolución: se dirigió á ellos, cogió por el brazo á Antonio sorprendido y consternado por el dolor de su madre, y dijo:

—Vete á la cama que ya es hora.

En seguida se volvió á Memlinch y le dijo:

—Dios os guarde, compadre.

Todos se levantaron y el mercader permaneció solo con Margarita. Esta se echó á los piés de su marido sin fuerzas, sin resistencia, sin valor. Aldovrando la miró friamente, y como le alargase ella los brazos para suplicarle, le preguntó: —¿Está todo dispuesto para la partida de Antonio?

Margarita lanzó un agudo grito y cayó sin conocimiento.

(Continuare.)

ENRIQUE BERTHOUD.

A MARÍA.

Recuerde el alma adormida,
 Avive el seso y despierte,
 Contemplando
 Cómo se pasa la vida,
 Cómo se viene la muerte,
 Tan callando.

Jorge Manrique.

Virgen pura, madre hermosa,
 entre todas elegida
 para darle ser y vida
 en tu seno al Redentor:

Vuelve tus ojos, Señora,
 vuélvelos al desgraciado,
 que á tus piés llega bañado
 en lágrimas de dolor.

Por la frente que adoraba
 pasó el soplo de la muerte,

y agostada, al polvo inerte
 cayó un instante despues.

Y ora sobre aquella losa
 que cerró la parca insana,
 la brisa de la mañana
 mece el fúnebre ciprés.

¿Qué se hicieron sus virtudes?
 ¿qué fué de tanta hermosura?
 fué, como en la noche oscura,
 relámpago que pasó;

Y aquel seno de delicias,
 y aquel rostro tan perfeto,
 eran... un triste esqueleto
 que la honda huesa tragó.

¡La lloran! Pero... ¡y si acaso
 su suerte envidiable fuere?
 mientras lloran porque muere
 en su hermosa juventud,

Tal vez cien mundos brillantes
 cruza su mente embebida...
 ¿está la dicha en la vida,
 ó la encierra el ataud?

¡Quién lo sabe! El alma acaso
 dentro del hombre encerrada
 en una vida cercada
 de lágrimas y ansiedad,

Al romper la estrecha cárcel
 donde á su pesar descende,
 respira, crece, y se estiende
 por la inmensa eternidad.

Y comprende aquel misterio
 que tanto la confundiera;
 esa creacion primera
 adonde en vano se alzó:

Ve por qué ruedan los mundos
 que pueblan al ancho cielo,
 descorriendo el negro velo
 que á sus ojos lo ocultó.

Desde allí contempla el cuerpo
que á eterno olvido condena,
rota la triste cadena
que existiera entre los dos;

Y de la suprema ciencia
prueba el inefable goce,
y entonces se reconoce
hecha á la imágen de Dios.

No la lloreis, no: dichosa
mil veces esa belleza,
que se alzó con su pureza
á la mansion celestial;

Mas bien merece el que vive
compasion en su quebranto:
oye, María, su llanto
que pide alivio á su mal.

Mientras, llamada á tu seno
por tu justicia infinita,
la madre en el cielo habita
junto á tu trono de luz,

Mira cual lloran sus hijos...
Socórrelos tú, María,
que así llorabas un día
al pié de la santa cruz.

Jamás negaste tu amparo
á la inocencia que llora;
¡Ah! tú lo puedes, Señora,
alivia tú su dolor;
hazlo, vírgen de consuelo,
por el dolor que sufriste
cuando en el Gólgota viste
muerto al hijo de tu amor;

Por su sangre
tan querida,
de tu vida
norte y luz,

Y que al hombre
Rescatára
en el ára
de la cruz.

X.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

La condesa de la Palma á María de Ossorio.

Al escribirla á V. por primera vez desde su partida, María, ni sé como empezar mi carta, ni alcanzo á explicarla mi situacion, por que casi ignoro si es la misma que antes de que nos separásemos.

Sin embargo, tengo muchas dudas y muchos dolores que depositar en su corazon: en su corazon, el mas noble, el mas grande de cuantos han latido á mi lado en esta sociedad que empiezo á conocer hoy.

¡Oh! sí, María: hasta aquí mi vida ha sido de una flor sin aroma; estiende sus hojas, se muestra orgullosa de sus galas, pero no embalsama el aire que se respira junta á ella. ¡Existencia inútil, efímera y deleznable que no deja tras si un solo rastro de su paso!

Hoy es todo lo contrario: un suave y claro rayo de luz ha iluminado la confusa vaguedad de mi espíritu, y á su hermosa claridad he visto cuán mezquinos son los triunfos del orgullo y la vanidad, y cuán ciertos y legítimos los que alcanzamos por el valor y la belleza del alma!

También, María, hoy empiezo á pensar en las dulces satisfacciones, en las inefables alegrías que derrama en nuestro corazon el cumplimiento del deber!

¡Oh! cuando cargada de diamantes, cuando cercada de flores y galas he pasado la noche en esos círculos brillantes, en esos salones deslumbradores, donde se rinde culto á la frivolidad y al lujo; donde se empalidece el semblante y se agostan las flores de la vida ¿qué he traído despues conmigo, qué me ha quedado luego en el alma? algunas falsas lisonjas, algunas frases mentidas, y una gran parte de astio, de cansancio, de una cosa que, sin serlo, se parece al remordimiento, y amarga la vida y cubre de nubes la frente.

¡Ay! al conocer todo esto, al avalorarlo en su justo precio, cuánta envidia me ha inspirado V. María, y con qué placer hubiera trocado los halagos de la falsa multitud, y todos los dones de la fortuna, por esa paz dulce y pura que debe sentir en su alma, por esa santa aureola que rodea su frente, por esas lágrimas, acaso que resvalan

por sus mejillas, mientras sus ojos se fijan en el cielo con toda la tranquilidad de una conciencia satisfecha! Si; no se admire V. no se asombre de cuanto la digo. La noble, la altiva, la soberbia condesa de la Palma, se ha encontrado muy pequeña ante la humilde jóven, que, pobre, sola, olvidada de todos, ha sabido colocarse á tal altura, que apenas puede alcanzar á ella la vista tal.

¡Oh! yo procuraré imitarla, yo la seguiré aunque de lejos.

Mi orgullo y mi vanidad me servirán para ello, porque V. ha sabido despertar en mi alma la mas grande, la mas alta de las emulaciones! la del bien, la de la virtud, la de la abnegacion y el sacrificio! V. tambien María, V. tambien me ha enseñado una ciencia divina, una ciencia que solo comprende por intuicion. ¡La ciencia de ser madre!

Yo amaba á Elvira, yo amaba á su padre! á su padre el mas justo y leal de todos los hombres! pero en mi amor habia algo de descuido, algo de la indolencia con que miramos la alhaja que nos pertenece y que estamos seguros que nadie nos puede arrebatar.

Pero llega un dia en que la juzgamos próxima á perderse, próxima á salir de nuestro poder, y entonces adquiere á nuestros ojos doble valor, cobra á nuestra vista mayor encanto, y cuantas precauciones, y cuantos cuidados empleamos para guardarla, nos parecen insuficientes, nos parecen pocos.

Alhajas de gran precio, de un valor incalculable, son para mí el amor de Horacio, y tambien la dicha de mi hija, y yo sabré conservarlas, sabré rescatarlas, por que á lo menos he perdido parte de la primera.

Por fortuna mi frente puede alzarse limpia de toda mancha, por que jamás una palabra, una frase ni una accion mia ha podido llevar la idea de una afrenta para el nombre de mi esposo.

Comprendo María que mi conducta pasada es culpable, pero con una lágrima, con un suspiro pueden redimirse las faltas que ni lastiman la honra ni hieren el corazon. Yo tengo esperanza de que así sea.

Horacio me ha amado mucho! yo hé sido largos años un ídolo para él; es preciso que recobre mi imperio! Si antes la muger frívola y caprichosa ha dominado su corazon ¿podrá hoy desecharla á esa misma muger, amante, sumisa, pendiente de sus labios y obediente á su voluntad? nó, María, nó; estoy segura de ello! Y en cuanto al pasado, en pos del amor viene el olvido de las ofensas. Recobre yó su afecto, y él olvidará, él perdonará despues! ¿Podré encontrar

de nuevo el camino de su corazon? Una voz secreta me dice que sí! una voz secreta murmura sin cesar á mi oido, «el sufrimiento purifica, el amor redime; sufre y ama, que tras el martirio está la palma, y tras la lucha la victoria.»

Y si Horacio se aleja de mí, y si guarda silencio ante mis palabras, y si á las miradas de amor y súplica de mis ojos responde con otras de desvio ó de enojo, allí me encuentra, allí me encontrará siempre mas amorosa, mas humilde, mas resignada cada dia, hasta que llegue á vencerse de que la Amelia de ayer no es la Amelia de hoy, y de que él es mi vida, mi sueño y mi constante felicidad.

Mi hija tambien, mi dulce Elvira me secunda en esta santa empresa. Con su inocencia, con sus caricias, con sus ruegos, ella me ayudará á recobrar el amor y la estimacion de su padre, por que yo sabré hacerme digna de ambas cosas.

Perdone V. Maria mi larga carta. En ella solo he querido probar á V. que sus sacrificios y sus consejos y sus lecciones no han sido inútiles.

Hoy he recibido una carta de mi madre conteniendo muy pocas frases, pero suplicándome con insistencia que vuelva á su lado.

¡Pobre madre mia! tambien la he tenido olvidada, y sin embargo, ni una frase amarga me dirige: bien es verdad que está V. á su lado y que V. dulcifica y regenera cuanto tiene en derredor!

Quizá, pues, nos veamos en breve! quizá pronto estaremos á su lado. Tambien he suplicado al doctor que nos acompañe por sí, como creo adivinar en su carta, mi madre se encuentra peor.

San Roman tampoco queria separarse de nosotras: nos ama como un padre, y solo anhela nuestra felicidad.

Prepare V. á mi madre para recibirnos, preparese V. para abrazar á Elvira, para vernos á todos, á todos!

Tal vez, si Dios me ayuda, Horacio y yo permaneceremos muy poco en esa pues el piensa hacer un largo viaje y yo seria feliz acompañándole.

Adios, Maria, pronto, muy pronto podrá estrecharla en sus brazos su hermana del alma

AMELIA.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA VIOLINISTA.

Nápoles es una de las ciudades mas importantes de Italia; toda la parte nueva que se extiende á la orilla del mar es deliciosa; la parte antigua se compone de infinidad de calles formando declive por el desnivel del terreno, de aspecto pobre y triste en su mayoría, lo que contrasta con el risueño aspecto del resto de la ciudad.

En un oscuro y triste callejon, y en una mísera vivienda, se albergaba una familia compuesta del matrimonio y tres hijos: la niña mayorcita, Magdalena, tendria de diez á doce años, y era la única que podia ganar un pedazo de pan, que llevaba apresuradamente á sus padres enfermos y á sus pequeños hermanitos. Pietro Albany era músico, tocaba el violin de una manera magistral, y se ganaba la vida con su profesion que ejercia en los teatros, en los cafés, ó en las calles y plazas cuando no tenia colocacion mas conveniente.

Un dia, por efecto del hundimiento de la antiquísima casa en que habitaban, se rompió el brazo derecho y quedó inútil para manejar su querido instrumento. Su mujer, que estaba en cama con un niño recién nacido, enfermó del susto que le produjo aquel acontecimiento, y no sufrió mas, porque solo se desplomó una parte del muro, quedando intactos los demás; lo que dió lugar á que todos los vecinos se salieran precipitadamente á la calle.

Desde entonces, el pobre Pietro se consumia en la mas dolorosa inaccion; eran muy pobres y muy amantes de sus hijos, y no quisieron ingresar en un hospital por no separarse de ellos, refugiándose en una mísera casucha, donde los encontramos al empezar nuestro relato.

Magdalena, digna discípula de su padre, tocaba admirablemente el violin, y se lanzó á las calles, regalando á los transeuntes su armonía á cambio de algunas monedas insignificantes, con las que atendia la infeliz al sustento de su familia; volvia por la noche con el producto de su trabajo invertido en pan y algunas viandas, llenándola sus padres de bendiciones, y derramando amargas lágrimas al ver la tristísima situacion á que se veian reducidos.

Una tarde cerca del anochecer, cansada y triste por no haber obtenido ni una sola limosna en todo el dia, se retiraba la pobre niña, desde el paseo de Villa Real, hácia la calle de Toledo,

cuando vió atravesar un lucido cortejo compuesto de varios carruajes, donde iban una porcion de damas y caballeros ataviados con el mayor lujo, como para una solemne ceremonia.

Magdalena, asaltada por una súbita idea, siguió detrás, y creyendo sacar algun producto de su afortunado encuentro, llegó hasta la puerta de la iglesia de San Felipe Neri, donde se habian detenido los carruajes, apeándose las personas que los ocupaban.

Se trataba quizá de un desposorio; Magdalena comprendió así; y corriendo hácia la que parecia ser la novia por su riqueza y elegancia, exclamó, arrancando tristísimas notas á su violin:

¡—Bella donna! ¡una limosna por la Santísima Madonna!

Ni aquella ni las demas señoras la hicieron caso; entonces corrió á los caballeros, diciéndoles:

—¡Excelencias! ¡una limosnas para mis pobres padres!

Nadie se cuidó de sus súplicas ni de sus lágrimas; iban demasiado preocupados en aquel momento para fijarse en la infeliz violinista, que rendida del cansancio y de angustia se dejó caer junto al pórtico del templo.

La comitiva entró en la iglesia: el último que se apeó del coche fué un caballero anciano de venerable aspecto, y en su precipitacion por reunirse á los demás, dejó caer un rollo de papeles que llevaba debajo del brazo. Sin fijarse en este incidente, siguió andando. Magdalena, á cuyo lado habian caído, los cogió, y con voz debilitada por la angustia y el desfallecimiento, murmuró:

—¡Signore! excelencia! estos papeles.

El anciano no lo oyó, y pronto se perdió de vista bajo las naves de la suntuosa iglesia.

Magdalena entonces, quiso seguirle; pero algunos monaguillos lo impidieron, diciéndola que los señores estaban en la sacristía y que no se permitia el paso á nadie.

Se quedó entonces de pié con su violin en la mano, sin saber que partido tomar; pero resuelta á entregar los papeles al caballero que los habia perdido.

La iglesia de San Felipe Neri, es una de las mas ricas de Nápoles, está dividida en muchas naves, y sostienen las del centro doce columnas de granito de un solo pedrusco, con su chapiteles de mármol de Carrara. Este templo está adornado con mucho dorado, y contiene siete capillas de mármol, de las cuales una presenta diez columnas y otras tantas estatuas de mármol. La de San Felipe, que por sí sola mas parece un templo que una capilla, está adornada

también con diez columnas de mármol amarillo y varios cuadros.

Magdalena se dirigía á esta capilla, porque vió adornado uno de sus altares, y creyó que allí tendrían lugar las ceremonias.

Decidida á esperar á los señores, se dirigió á un rincón, dejándose caer sobre el pavimento de mármol, apoyada en una columna y con su violín debajo del brazo izquierdo y los papeles extendidos sobre la falda.

El silencio y la soledad que reinaban en torno suyo no tardaron en influir sobre su debilitado espíritu, rindiéndose á un sueño profundo y tranquilo.

Al amanecer del siguiente día la despertaron los primeros rayos del sol que penetraba por una ventana de cristales de colores. Se levantó asustada, contempló aún entre sus manos aquellos papeles que representaban signos musicales, y acordándose de sus padres y de sus hermanitos corrió á su casa llena de la mayor inquietud. No les llevaba ni un pedazo de pan; pero ostentaba como trofeo y señal de la noche pasada en el templo de San Felipe, aquellos papeles que habían sido la causa de que la infeliz se quedara dormida en semejante sitio, donde no pudo ser apercibida de nadie por estar en uno de los rincones mas retirados de la capilla.

—¡Hija mía! hija mía! dijo Pietro: ¡que noche tan cruel hemos pasado pensando en tí!

Magdalena les refirió lo ocurrido y entregó á su padre su hallazgo. Así que el pobre músico los miró no pudo menos de exclamar en un arranque de entusiasmo:

—¡Esta música es un tesoro, hija mía! tenemos que entregarla á su dueño, y quién sabe si la Santísima Madonnina te depara en él un protector.

—¿Y si no le conocemos? murmuró la niña.

—¿Quién no conoce en Nápoles á Rossini, el ilustre autor del *Otelo* y otras muchas obras maestras? Ese manuscrito es un *Stabar Mater*, está firmado por él, y debería sin duda llevarle para ensayarle en la iglesia cuando la casualidad lo puso en tus manos.

—¡Ah! ¡quién lo hubiera sabido! exclamó la niña, que conocía y admiraba á los grandes maestros por oírseles nombrar á su padre.

—Corre al palacio de Domenico Barbaja, el empresario del teatro de San Carlos, pregunta por Rossini, y cuando le veas entrégale su partitura y pídele su protección para un pobre músico inválido y para sus hijos.

—Sí, sí, corro al punto; y la infeliz niña, aunque estenuada de debilidad y de fatiga, se dirigió á la calle de Toledo, siempre con su violín debajo del brazo.

Domenico Barbaja era en aquella época el rey de los empresarios; su palacio era uno de los mas bellos de Nápoles, y en él se hospedaba el gran maestro.

Magdalena pretendió inútilmente ver á uno y á otro; los criados no la dejaron pasar, y ella, escondiendo su papeles, que consideraba un tesoro, debajo de su miserable abrigo, se sentó en la calle dispuesta á esperar una ocasión propicia.

El que tiene perseverancia y buen deseo no

tarda en conseguir lo que se propone; un caballero se apeó á poco de un carruaje á la puerta del palacio, y Magdalena, reconociendo al anciano que el día anterior había perdido el precioso manuscrito, corrió hacia él exclamando:

—¡Signore! ¡signore! ¡excelencia! estos papeles.

—¡Ah! ¡el *Stabar Mater* de Rossini! exclamó Domenico Barbaja con un grito de júbilo: ¿Quién le ha encontrado? ¿tú, niña, tú? ven á recibir la recompensa.

—¡No puedo andar! no he comido hace dos días murmuró la niña cayendo desfallecida sobre el piso de mármol del vestíbulo.

—Ven, pues, á mis brazos, ven; tú me devuelves una joya de inestimable precio, y no me desdeno de llevarte sobre mi corazón para que mi familia haga de tí una criatura dichosa.

Y el gran empresario, á pesar de que le rodeaban varios criados, cogió por sí mismo á la niña y á su violín, que esta no soltaba; y fué á depositarla en un diván del salón principal de su palacio.

Al instantáneo grito que corrió como un relámpago de «el *Stabar Mater* ha parecido», toda la familia rodeó á la niña, la dieron alimentos, la vistieron espléndidamente y la colmaron de caricias.

—¡Mis padres! ¡mis hermanitos! que se mueren de hambre, murmuraba entre sollozos la niña.

Inmediatamente Domenico Barbaja envió un carruaje y dos criados con orden de llevar á la familia de Magdalena para que ocupasen en el palacio la habitación que les destinaron, y una respetable pensión que les señaló.

El *Stabar Mater*, que Rossini había compuesto en un momento de inspiración, y que Domenico llevaba para ensayarle en la iglesia de San Felipe Neri, estaba anunciado en todas las esquinas de las calles de Nápoles, ofreciendo una gratificación de diez mil liras á quien lo presentase.

La joven violinista, no solo ganó esta suma, sino la protección para ella y para toda su familia, del celebre empresario del teatro Real de San Carlos. Recompensa muy merecida á las virtudes de la niña, á su piedad filial, y á su fe sublime y su ardiente devoción á la Santísima Madonnina.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.